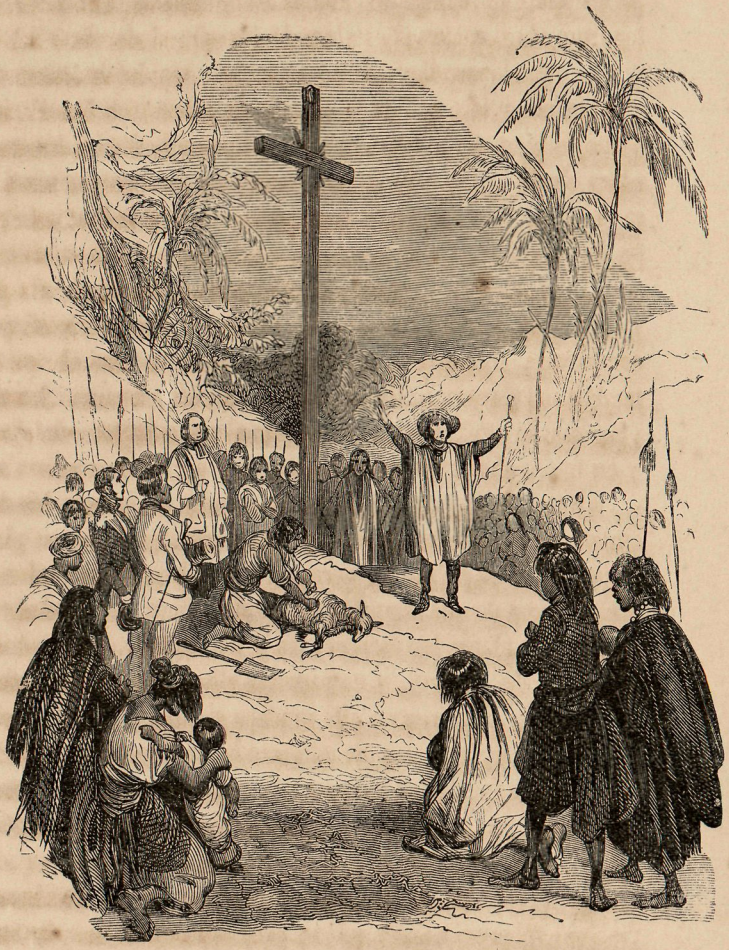


Los caciques mandaron en seguida que trajeran un cordero.

«Al entrar en la iglesia, encontramos en medio una cruz de madera que tendria de unos veinte y cinco á treinta pies de longitud. Los caciques estaban de pie al rededor de ella. En vez de pantalones, llevaban una pieza de tegido de lana atada á la cintura y formando una especie de jubon que les llegaba hasta los pies. Cubria sus cabezas un pañuelo de algodon, muy adornado de pedazos de vidrio, cascabeles, cintas y otras baratijas, sin faltarles en la mano el indispensable baston de puño de plata.

«Despues de un breve intervalo que aprovechó el cura para bendecir la cruz, quince indios la llevaron á hombros, y la comitiva, y el cura á la cabeza, se puso en camino al son del tambor. Al llegar al sitio de las conferencias, formaron las tropas un gran círculo, en medio del cual nos colocamos nosotros, y en frente se agruparon los caciques.

«Entonces empezaron de nuevo delante de la cruz los discursos y las protestas de una y otra parte; pero no se plantó aquella ni se cubrió de tierra su base hasta que todos se persuadieron de que las palabras estaban bien enterradas. En seguida mandaron los caciques traer un cordero, que inmolaron al pie de la cruz, y empapando ellos mismos sus manos en la sangre, hicieron en ella muchos signos, al parecer geroglíficos. No pude menos de admirar la analogía de estas costumbres con las de los hebreos, en cuyas ceremonias el cordero y la sangre del cordero, representaban frecuentemente un papel muy importante.»

Luego que Mr. Bardel despachó su comision en Arauco, resolvió volverse á Concepcion; pero el intendente, deseando enseñarle el pais, le propuso tomar otro camino. Accedió Mr. Bardel con tanto mas gusto, cuanto que esta espedicion podia proporcionarle la ocasion de devolver una visita á su amigo Mr. Lozier. Era este uno de los franceses que abandonaron la Francia á la caida de Napoleon. Despues de haber recorrido los Estados-Unidos, el Brasil y las provincias de la Plata, lle-

gó á Chile. Hombre verdaderamente instruido, lo empleó mucho tiempo el gobierno chileño como ingeniero y como rector del *Instituto* en la época del general Pinto. A consecuencia del cambio político que elevó al poder al general Prieto, fué enviado á Concepcion para organizar allí un colegio del gobierno; pero algunos disgustos que tuvo con las autoridades, le obligaron á tomar la resolucion de retirarse, y al efecto compró á los indios de Arauco una gran estension de terreno para vivir en medio de ellos. En la época en que lo visitó Mr. Bardel, tenia cincuenta años de edad. Su casa se asemejaba mucho á la de Robinson Crusoé. Nuevo Las Casas, Mr. Lozier era uno de los defensores mas decididos de los araucanos, pues segun decia, eran de un carácter muy dulce, al paso que en los chileños habia que censurar la mala fé con que se conducian con sus vecinos y faltaban á todos sus tratados.

XXVIII.

ISLAS VITI.—DILLON ATACADO POR LOS NATURALES (1812).

Tasman descubrió el archipiélago Viti en 1643; pero solo vió algunas islas y arrecifes que llamó islas del príncipe Guillermo. Las escelentes noticias que se deben á Mr. d'Urville prueban que las islas descubiertas por Tasman eran *Tanoudza*, *Rambe*, *Tabe-Ouni* y *Laoudzala*, nombres que les dan los indígenas.

En 1774 descubrió Cook la isla *Batoa*.

Bligh atravesó fugitivo aquel grupo, despues de haber sido despojado de su mando por los marineros sublevados; pero sin instrumentos y en una mezquina embarcacion, no pudo

ejecutar ningun reconocimiento. Cuando volvió á Taiti, costeó aquel gran grupo en toda su parte meridional; pero sus observaciones, si es que llegó á hacerlas, no fueron publicadas.

En 1793 Entrecasteaux vió la isla Batoa.

Maitland, Barber y Wilson dieron cartas mas ó menos exactas de algunas islas; el capitan Maitland las llamó Tierras de Libertad. Muchos buques mercantes las han frecuentado y frecuentan todavía, principalmente á causa de la madera de sándalo, de que se hacen esencias en China y en la India, y con la cual se construyen columnas y ataudes para los chinos ricos; pero la mayor parte de los capitanes de estos buques solo se cuidan de hacer su tráfico, y nada notable han contado de aquellos paises, de los cuales se ignorarian aun muchas cosas, sino las hubiese dado á la estampa Mr. Hombron, compañero de viage del almirante Dumont d'Urville.

Luchas sangrientas habian estallado muchas veces entre los europeos, los americanos y los naturales, resultando dos terribles catástrofes; la primera fué la del capitan Campbell, que fondeó en octubre de 1809 en la bahía del bosque de Sandal, y que fué capturado por el gefe Boullandam, comandante de una escuadrilla de ciento cuarenta piraguas. Hállase esta relacion en el viage de Turnbull alrededor del mundo, publicada en 1813.

En cuanto á la segunda catástrofe, la mas importante de la historia de aquel pais, la tomaremos de la relacion del capitan Dillon, que fue el héroe de ella; relacion publicada con la de su espedicion en busca de La Perouse.

Mr. Dillon se embarcó á fines de 1812 como oficial segundo á bordo del navío Hunter; su capitan Robson, que partió de Calcuta para su viage á la Nueva Gales del Sur, á las islas Viti, comunmente llamadas Fidgi, y finalmente á Canton. Anteriormente habia visitado estas islas, donde permaneció cuatro meses, en cuyo tiempo vivió íntimamente con los naturales é hizo grandes progresos en el estudio de su lengua. El

capitan Robson habia tambien estado dos veces en aquellas islas, y adquirido grande influencia sobre el ánimo de los habitantes de una parte de la costa de la isla del Sándalo, tomando parte en sus guerras y ayudándoles á destruir á sus enemigos, que habian sido devorados en su presencia. El gefe con quien mas intimidad habia contraido era Bonassar, que mandaba en el pueblo de Vonia y sus dependencias en el interior de la isla.

En 19 de febrero de 1813 ancló el Hunter en la bahía de Wailea, á distancia de un cuarto de milla de la embocadura de un rio que es preciso remontar para llegar al pueblo. Vonia está situado á milla y media del fondeadero y las márgenes del rio que lo baña, se ven cubiertas de magnífica verdura.

Apenas se habia echado el ancla, cuando el hermano del gefe de Vonia llegó á bordo para felicitar al capitan por su regreso; no tardó en presentarse el mismo Bonassar con otros muchos gefes subalternos y sus sacerdotes, quien manifestó al capitan que poco tiempo despues de haber partido el Hunter para Canton, los habitantes de los pueblos que habia conquistado con su cooperacion, se habian sublevado de nuevo é incorporándose á las poderosas tribus, que habitaban las orillas de un gran rio llamado Naupacab, le habian hecho una guerra cruel. Bonassar trató de persuadir á los ingleses que seria imposible proporcionarse madera de sándalo, á no vencer aquella liga formidable con la fuerza de su mosquetería. En su consecuencia suplicó al comandante que se uniese á él para emprender otra campaña. El capitan Robson no quiso acceder en un principio; pero fueron tantas y tan repetidas las instancias que le hiciesen Bonassar y muchos de sus súbditos, y tan eficaces las promesas de que en recompensa completaria la carga de sus buques en el espacio de dos meses, que al fin se resolvió á prestar el socorro que se le pedia.

El 1.° de abril marchó la espedicion contra la pequeña isla de Naupacab, situada á dos millas de la embocadura del rio del mismo nombre, la cual se hallaba fortificada; pero basta-

ron algunas descargas del cañon pedrero que llevaban los ingleses para obligar á abandonarla á sus defensores. Despues de esta escaramuza subieron los espedicionarios el rio hasta quince millas, y destruyeron los pueblos y plantaciones que habia en las dos orillas. El dia 8 por la tarde regresaron á su navío, despues de haber sometido al dominio de Bonassar todos aquellos pueblos rebeldes. Estos servicios fueron recompensados con la mas negra ingratitud. En vano esperaron los ingleses, en los cuatro meses de mayo, junio, julio y agosto, el cumplimiento de la palabra que los habian dado los indígenas. Estos no proporcionaron á los europeos mas que ciento cincuenta toneladas de madera de sándalo, esto es, la tercera parte del cargamento, pretestando que era imposible darles mas, porque los bosques estaban agotados por el gran número de buques que habian frecuentado aquellas costas en el espacio de algunos años. Indignóse tanto el capitan Robson al verse burlado por aquel pueblo bárbaro y astuto, que juró vengarse de sus antiguos y fieles aliados, á quien tantas veces habia ayudado á regalarse con la carne de sus enemigos. El capitan cumplió su juramento.

A principios de setiembre atacó á una escuadrilla de piraguas de Vonia y apresó á catorce de ellas. Esta fué la señal de una lucha que se hizo encarnizada y costó tanta sangre á los isleños como á los europeos.

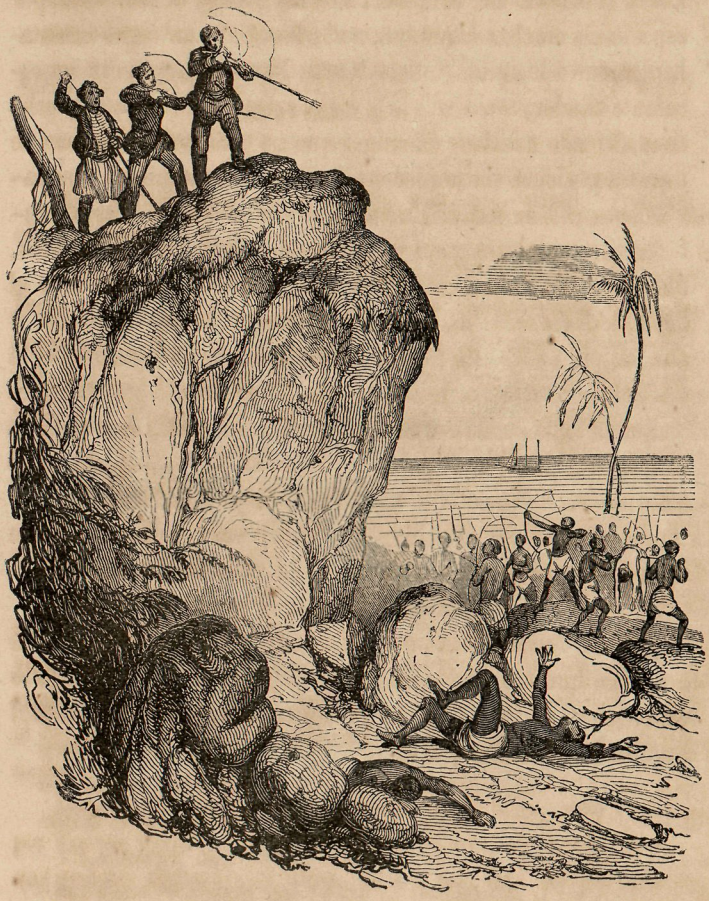
El dia 6 de setiembre desembarcaron estos á las órdenes de Mr. Norman en un sitio llamado la Roca Negra, á corta distancia Este del rio. Verificado el desembarco comenzaron los europeos á dispersarse en grupos de dos, tres y cuatro hombres; no faltó quien observase á Mr. Norman que convenia marchar reunidos para evitar un ataque repentino de los isleños; pero el comandante no hizo caso de este consejo. Avanzaron, pues, sin obstáculo por un estrecho sendero y llegaron al pie de una colina. En seguida subieron á su cumbre que formaba una especie de meseta. Presentáronse alli algunos isleños, y les ame-

nazaron con gritos y gestos. Mr. Norman tomó hácia la derecha metiéndose por un sendero que conducia al través de un bosque hácia algunas cabañas.

«Yo seguia á Norman, dice Dillon, con otros siete europeos, y no pasó mucho tiempo sin que los isleños quisieran disputarnos el paso; les disparamos algunos tiros y matamos uno, poniendo en precipitada fuga á los demas. Mr. Norman mandó entonces pegar fuego á la cabaña del gefe y á algunas otras, órden que fué ejecutada tan puntualmente, que al cabo de algunos segundos subian las llamas por todos lados. Pronto oimos unos aullidos espantosos. Dábanlos multitud de salvages que estaban emboscados y salieron en nuestra persecucion. A pesar de la sorpresa con que nos vimos envueltos por aquellos foragidos, logramos defendernos con bastante órden y causarles gran número de heridos y muertos. Este triunfo nos costó tambien á nosotros la pérdida de algunos hombres y la irreparable de Mr. Norman, á quien un salvage tendió en el suelo atravesado de una flecha.

«Viendo que me era imposible penetrar por entre la multitud de salvages para llegar á nuestras embarcaciones, grité á mis compañeros que subiéramos á la roca donde habiamos estado poco antes. Felizmente logré subir á la cumbre, donde me encontré reunido con cinco de los nuestros: Cárlos Savage, Luis (chino), Martin Bouchard (prusiano), Tomás Dafny, y Guillermo Wilson.

«Afortunadamente para nosotros, la altura que ocupábamos era tan escarpada que no podian subirla á un tiempo sino muy pocos hombres, y demasiado elevada para que los salvages pudieran incomodarnos mucho con sus flechas y sus hondas; ademas, por una casualidad no menos feliz, un viento muy fuerte desviaba el gran número de flechas que nos lanzaban. Habiendo sucumbido nuestro gefe, me correspondia el mando; aprovechéme de él para disponer á mis compañeros á defender nuestro puesto de la mejor manera posible; no permití que se



Combate de Dillon contra los naturales de las islas de Viti.

disparara mas de un tiro á la vez, y empleé á Dafny, que habia salido algo herido de nuestra pasada refriega, en cargar nuestras armas. De esta suerte conseguimos defendernos por espacio de muchas horas, matando á cuantos salvages intentaban trepar á la cumbre. Solo Martin Bouchard, que era un escelente tirador, mató veinte y siete salvages de veinte y ocho tiros. Viendo nuestros enemigos que no podian desalojarnos de nuestra posicion sin perder mucha gente, se retiraron amenazándonos con su rabia. Entonces abandonamos nosotros tambien nuestra altura para dirigirnos á nuestras embarcaciones, que desde alli veiamos á corta distancia de la costa; pero al bajar, todavía nuestros enemigos trataron de perseguirnos, y aunque eran pocos en número, mandé á mis compañeros que verificáramos nuestra retirada, dando el frente á los salvages y apuntándoles con nuestras armas. Esta precaucion produjo el buen resultado que yo me prometia. Los salvages no se atrevieron á acometernos, y solo cuando ya estábamos embarcados, acudieron en tropel y nos saludaron con una lluvia de flechas y de piedras; pero no tardamos en vernos fuera del alcance de sus arcos y de sus hondas.»

Luego que los europeos estuvieron fuera peligro, dieron gracias á la divina Providencia, y llegaron á bordo del navío en el mismo instante en que el sol cesaba de alumbrar aquel teatro de mortandad y horror.

XXIX.

NAUFRAGIO Y AVENTURAS DEL CAPITAN VIAUD, EN 1766, EN EL GOLFO DE LA CHAUDELEUR (1).

El naufragio del capitan Viaud, y las aventuras de que fué objeto ofrecen el mayor interés.

El capitan Viaud partió de la rada de San Luis, isla de Santo Domingo, el 2 de enero de 1766. Iba en la categoría de negociante sobre el bergantin el *Tigre*, cuyo pequeño buque hacia vela hácia la Luisiana, llevando á su bordo á Mr. Viaud, su esposa y su hijo, al segundo del buque, nueve marineros, uno llamado Desclau, colono de la isla de Santo Domingo, y un negro que Mr. Viaud habia comprado para su servicio.

Nuestro capitan Viaud, era un hombre que tenia mucha jactancia, pero que no sabia bien su ejercicio.

Nuestra embarcacion maltratada por el mar, hacia ya agua en muchos parages; la tripulacion estaba inquieta, y quiso que yo me encargara del derrotero; pero no tenia mas que un conocimiento teórico de estas costas; creí que usurpaba los derechos al capitan, y no consintiendo, me contenté con observar su maniobra.

Doblamos el cabo de San Antonio, y fuimos sorprendidos por nuevos vendabales que abrieron mas vias de agua, que apenas podian agotarlas dos bombas á pesar de nuestros esfuerzos; la alarma era general, y esta dolorosa situacion no presentaba viso alguno de cambio favorable. El 10 de febrero á las siete de la noche, encontramos una fragata española procedente de la Habana, que reclamó nuestra compaña, la que aceptamos desde luego.

(1) Estracto de las *Aventuras de los viageros*, por P. Blanchad.

Marchamos mucho tiempo con nuestra conserva; pero la perdimos de vista durante la noche. A la mañana siguiente, observamos otra via de agua, y se sintió la necesidad de alijerar el buque de peso, pero el agua penetraba en el barco cada vez mas, al paso que nos hallábamos á unas cinco leguas de las islas de la Chandeleur.

Nos dirigimos hácia la Mobile; pero el viento que al principio nos habia sido favorable, cambió á las dos horas, y nos vimos precisados á desistir de aquel proyecto. Hicimos los mayores esfuerzos para arribar en Penzacola, puerto mas lejano que el de la Mobile; mas esta tentativa fracasó igualmente, y nos hallamos en mitad de un mar agitado y aguardando el momento en que el Océano abria su abismo para tragarnos. Quisimos arribar á las islas Apalaches, pero no pudimos lograrlo, y volvimos á quedar á merced de las olas entre la vida y la muerte, siendo esta nuestra situacion desde el 12 de febrero hasta el 16. A las 7 de aquella noche, encallamos á dos leguas de tierra: los sacudimientos fueron terribles, y abrieron la proa de nuestra nave, hasta que la violencia del oleage nos arrancó del encallamiento, y nos hallamos sin timon y combatidos por el agua que nos cercaba y por la que entraba en el buque, que se aumentaba rápidamente.

Sin esperanzas de salvacion nos despedimos para siempre y dirigimos nuestras preces al cielo. Sin embargo, la desesperacion me dió firmeza de ánimo, y la aparente tranquilidad de que me revestí impuso algun tanto á la tripulacion, y le inspiré tal confianza que la puse dócil á mis órdenes. Aquella misma noche á las 9 llegamos á la isla de los Perros y nos situamos á distancia de un tiro de fusil, pues la agitacion del mar no nos permitia llegar á ella, y pensamos en cortar nuestros mástiles para fabricar una balsa que nos condujera; pero cuando nos ocupábamos en esta operacion, la violencia del viento y la fuerza de las olas lanzó nuestro buque á la parte de babor, cuyo imprevisto movimiento nos fué demasiado fatal,

lo cual nos obligó á pasar toda la noche en medio del mar.

La lluvia tormentosa nos atacaba por todas partes: transidos de frio, fatigados por los esfuerzos que haciamos para resistir el ímpetu de las olas que amenazaba arrancarnos del buque, vimos nacer el dia. Percibimos la tierra á corta distancia, pero no pudimos llegar á ella. Un marinero que desde este dia no habia cesado de llorar, guardó un profundo silencio por espacio de algunos momentos, y se levantó de pronto con una agitacion estraordinaria. «¿Qué esperamos? esclama con la firmeza de una resolucion desesperada; volemos delante de la muerte que nos amenaza por todas partes y en las olas es donde debemos encontrarla, y acaso por lo mismo que la buscamos huya de nosotros. Vemos la tierra, y no es imposible llegar á ella: voy á probar, y sino logro mi intento adelanto un poco mas el término de mi vida, y disminuyo la duracion de mis males.»

Diciendo estas palabras se arrojó al mar; y muchos animados con su ejemplo quisieron seguirle; pero al ver que desaparecia y que aparecia luchando en vano contra el ímpetu de las olas, desistieron de imitarle.

Eran las cinco de la tarde. Tres de los marineros mas animosos ó mas desesperados, se determinaron á embarcarse sobre la débil canoa; descendieron sin advertir á nadie nada acerca de su designio, y solo lo apercibimos cuando se hubieron embarcado. No obstante, llegaron á la ribera, y todos sintieron entonces no haber tenido el mismo atrevimiento.

La noche nos hizo perder de vista á nuestros antiguos compañeros de infortunio: esta noche fué tan terrible como la primera. Nos hallábamos sin provisiones, y no teniamos tampoco el medio de adquirirlas, y habíamos pasado todo este tiempo sin comer y sin beber.

El 18 de febrero tornamos á ver la aparicion del dia; el viento habia calmado un poco: disminuyó la furiosa agitacion del mar. Uno de nuestros marineros, escelente nada-

dor, se determinó á arriesgar el pasage para llegar á tierra.

Aplaudimos su determinacion y le animamos lo mejor que pudimos. Muchas veces le vimos á punto de perecer, pero llegó á tierra, y nos arrodillamos para dar gracias al cielo.

Eran las siete de la mañana, y esperábamos con impaciencia el momento en que venia á buscarnos. Nuestros ojos veian á los cuatro marineros ocupados en la compostura de la canoa; animamos sus trabajos con nuestros votos, pero él avanzaba con lentitud y temimos algunas veces que fuera inútil; terminaron á las tres y media, y vimos que se lanzaban al agua, y que se aproximó á nuestra nave.

Pero la canoa era pequeña y no podia llevar mas que una parte de nuestra gente; todos lo conocian, pero ninguno queria quedar para un segundo viage. La suerte decidió la contienda, y de once que éramos todavía, cuatro se embarcaron con los cuatro marineros que habia traido la canoa: llegaron felizmente á tierra y vinieron en busca de los otros. Durante este tiempo, observé que la violencia del mar habia separado la parte superior de nuestra chalupa, y con la ayuda de monsieur Desclau y de mi negro, conseguí separarla enteramente. Este vestigio me pareció á propósito para suplir la canoa para conducirnos á tierra. Mr. Desclau, á quien hablé de ello, juzgó lo propio, y á este barco confiamos nuestra existencia y la de mi negro. Cuando todos se hubieron embarcado, seguimos la canoa y abordamos casi á un mismo tiempo.

Pasamos una noche apacible en un sueño profundo que reparó nuestras fuerzas, y que solo fué inquietado con los recelos del porvenir. Despertamos al siguiente dia con igual satisfaccion, pero esta no fué muy duradera.

Nuestro segundo habia caido enfermo algunos dias despues de nuestra partida, y su enfermedad se agravó con los sucesos enunciados, y al fin espiró; pero en tierra. Le sepultamos vestido, despues de haber abierto la fosa en la arena. Luego que se hubo terminado esta piadosa y lúgubre ceremonia, nos paseamos

por las orillas del mar. Alli encontramos nuestras maletas y muchas barricas de aguardiente, y algunas que otras mercancías que el mar habia lanzado, y que debian haber llegado antes que nosotros.

Renunciábamos á la esperanza de encender lumbre, cuando observé que el mar estaba tranquilo, y resolví hacer un viage á bordo de la canoa; quise que me acompañaran dos marineros que nadaban bien, pero no consintieron en seguirme, y me embarqué solo.

Llegué dichosamente al bergantin, entré en él, y no hallé fácilmente lo que buscaba; pero casualmente encontré un pequeño barril con veinte y cinco libras de pólvora que Mr. Lacouture habia colocado: cogí ademas seis fusiles, muchos pañuelos de Paciaca, mantas de lana, y un saco que contendria de treinta y cinco á cuarenta libras de bizcochos: ademas encontré dos hachas.

Regresé á la isla con mi pequeño cargamento: hice hacinar alguna leña seca, y encendí lumbre y secamos nuestros vestidos, di pólvora y balas á nuestros mas diestros cazadores, los cuales nos trajeron cinco ó seis piezas de caza, pues la hay con abundancia en esta isla. Cenamos bien y pasamos la noche arrimados á la lumbre y envueltos en nuestras mantas.

El 20 de febrero reflexionamos acerca de lo que debiamos hacer. Sabíamos que los que habitan las islas de los Apalaches, abandonan sus hogares durante el invierno, y no vuelven hasta el mes de abril. Asi permanecimos este y el siguiente dia en las inquietudes de nuestras reflexiones. Temíamos á cada instante vernos atacados por los salvages.

El 22 de febrero á media noche, esclamaron dos marineros que no dormian: *¡Alerta! ¡los salvages! ¡Somos perdidos!* Todos se levantaron y se dispusieron á huir; pero los detuve, y vimos que venian cinco salvages, dos hombres y tres mugeres, todos armados con fusiles.

Llegaron los salvages, los recibimos amistosamente, y ellos